



El psicoanálisis y los psicoanalismos: las escuelas psicoanalíticas de hoy

Ana Maria Barroso

Paper presented at the Conference „El psicoanálisis a fines de Milenio at the Universidad Autónoma Metropolitana in September 1996.

Copyright © 1994 and 2011 by Dra. Ana Maria Barroso, Prolong. López Cotilla 1847-602, Col. Del Valle, México D.F. CIP-03100; E-Mail: barrosoana[at-symbol]hotmail.com

El tema que ésta tarde nos ocupa a saber las Escuelas psicoanalíticas de hoy, invita en primer lugar a la reflexión de porqué parece que el psicoanálisis en los últimos años ha desarrollado un sistema teórico, tras otro, cada uno con su propio lenguaje, su propios adeptos, y su firme convicción de que constituye el único camino verdadero. Convirtiéndose cada uno de estos sistemas en isletas separadas entre las que parece evidente una falta de consenso.

Una posible respuesta es que el psicoanálisis como método y como explicación teórica marcó una revolución científica en la concepción del hombre.

Pero es también un proceso clínico y vibrante que continua reinventandose a sí mismo, de tal manera que intentar colapsarlo alrededor de un punto particular o un modo específico de „interpretar“ el contenido psicodinámico es perder la diversidad que es precisamente lo que hace del psicoanálisis una disciplina vital. Dado que todo analista es al menos implícitamente un teórico, las comparaciones entre los diferentes abordajes no son solo posibles sino necesarias.

Greenberg y Mitchell han argumentado que el psicoanálisis a lo largo de su desarrollo ha sido orientado y enriquecido por un interjuego dialéctico entre dos modelos básicos y aparentemente irreconciliables de la mente: por un lado el modelo pulsional en el que la mente es vista como monádica surgida por las presiones endógenas de impulsos sexuales, agresivos así como sus derivados. Y por el otro, el modelo relacional que concibe a la mente

como diádica e interactiva surgida por la búsqueda del contacto y engranaje con otras mentes configurándose por las interaccionales del self en relación con los otros.

Ambos modelos toman en cuenta la biología y la cultura, el cuerpo y el medio social. Lo diferente es cómo se concibe la interacción de éstos factores. En el modelo de las pulsiones „la anatomía es el destino“, y las presiones instintivas fundamentales conforman a los factores sociales. En el modelo de las relaciones, la biología y los procesos interpersonales constituyen ciclos perpetuos de influencia mutua.

Aunque éste cambio ha evolucionado dentro del psicoanálisis y por lo general se describe simplemente como un desarrollo dentro del campo, claramente refleja que el contexto cultural e intelectual dentro del cual el modelo analítico es practicado en la actualidad ha cambiado dramáticamente desde la época de Freud, en donde la „razón“ era invocada como motivo de orgullo e instrumento indispensable para el entendimiento y dominio de la naturaleza, con la consecuente esperanza de lograr así una vida mejor para los seres humanos. No es posible considerar sus descubrimientos fuera de éste contexto. Para Freud el psicoanálisis no era sólo una disciplina intelectual y un método de tratamiento sino una serie de conocimientos referentes a la naturaleza humana, conocimientos sumamente inquietantes y personalmente perturbadores, ésto es, un subsistema dentro de la enorme empresa científica que imperaba en su tiempo.



Rápidamente el psicoanálisis se convirtió en un mundo en sí mismo. Trabajando primero en aislamiento, y luego como centro de un cada vez mayor número de devotos adeptos, la enorme energía y brillantez de Freud generaron un extraordinario sentimiento de descubrimiento, en cuanto a las estructuras y procesos de la mente.

En la época actual sin embargo mientras que por un lado estamos siendo testigos de asombrosos descubrimientos científicos, por el otro no podemos seguir manteniendo la confianza profunda de que la ciencia, la objetividad y la competencia tecnológica puedan proveer de un marco de orientación que den significado y entendimiento a la existencia. Algunos de los éxitos tecnológicos han venido a convertirse en nuestros más despiadados perseguidores, y ya no es posible continuar viendo a la naturaleza como el enemigo a vencer.

Debido a éste cambio en nuestro entendimiento de la naturaleza y las limitaciones de la investigación científica, en la revolución postmodernista del pensamiento, todo conocimiento incluyendo el conocimiento científico es tomado ahora como construido en lugar de descubierto, inevitablemente enclavado en un determinado contexto histórico y cultural en lugar de único y simplemente sumativo, verdaderamente contextual en lugar de universal y absoluto.

En otras palabras los avances en el conocimiento por sí mismos a lo que sí nos han conducido es a empezar a reconocer las profundas limitaciones del entendimiento humano.

Esto ha resultado en una crisis de confianza en cuanto a lo que el analista realmente sabe, mientras en las generaciones tempranas los psicoanalistas se enorgullecían de sí mismos por „saber“ y por haber sido lo suficientemente valientes para „atreverse a saber“, la generación actual de autores psicoanalíticos tiende cada vez más a enfatizar el valor de „no saber“ y el coraje que enfrentar éste requiere.

Un coro creciente de voces de muy diferentes tradiciones psicoanalíticas subrayan la enorme complejidad y ambigüedad fundamentales de la experiencia humana.

Levenson por ejemplo enfatiza que la verdadera tarea de la terapia en la actualidad no es tanto encontrar el sentido oculto de los datos en sí mismos sino más bien resistirse a la tentación de encontrarles éste sentido. Goldberg plantea „nosotros avanzamos a lo largo de la vida sin certeza o seguridad y por lo tanto un poco atemorizados. El miedo a vencer es el de vivir en lo abierto sin el sentimiento de seguridad que proviene de lo cerrado de lo enclaustrado“.

Bion dice; „cuando nos acercamos a lo inconsciente ésto es a lo que no conocemos tanto el paciente como el analista se sienten inquietos. Es preciso que en todo consultorio haya dos personas bastante asustadas, el paciente y el analista. Si no lo están, cabría preguntarse porqué ambos se tomarían el trabajo de tratar de averiguar lo que todos saben“.

La conceptualización del proceso psicoanalítico en la actualidad, se ha transformado y es menos descrito en términos de corrección, iluminación o renuncia al pensamiento infantil, y más en términos de confirmación evocación, expansión y reconciliación.

Si la meta del psicoanálisis en la época de Freud era el entendimiento racional y el control (proceso secundario) sobre las fantasías y deseos pulsionales conflictivos (proceso primario), la meta del psicoanálisis en nuestros días es más frecuentemente pensada en términos de el establecimiento de un más rico y auténtico sentido de identidad. Aún cuando los síntomas dolorosos pueden ser la primera señal de problemas profundos, la mayoría de las dificultades fundamentales conciernen a la calidad y textura de la experiencia.

El típico paciente de Freud era el hombre o la mujer que estaba de alguna manera mal adaptado a su cultura y tiempo históricos por la intrusión de sintomatología indeseable y frecuentemente bizarra como las fantasías obsesivas en el Hombre de las Ratas. El típico paciente descrito en literatura contemporánea, es un hombre o una mujer frecuentemente sin síntomas bizarros y cuya adaptación a su cultura y tiempo históricos más bien parecen representar un problema en lugar de una



solución. En otras palabras personas muy bien adaptadas socialmente pero a quienes les hace falta un ingrediente fundamental en su experiencia.

Erich Fromm se anticipó a las diversas preocupaciones en cuanto a carácter y normalidad hace más de 50 años, con su concepto de „carácter mercantil“, desde su perspectiva la personalidad moderna está modelada por la necesidad de la sociedad industrial avanzada de generar perpetuamente cambios en los gustos y modas de los consumidores, siendo determinados el significado personal y la valía por el estatus social y las posesiones materiales.

El concepto de Winnicott acerca del desarrollo de la personalidad en términos de un „*self falso*“, es muy similar al concepto de Fromm, él ve el núcleo del problema como la dificultad para la generación de significado dada la organización de la experiencia y complicidad con lo externo, lo impuesto en función de la adaptación más que correspondiente con una necesidad o deseo internos genuinos por lo que afirma „la mera cordura equivale a la pobreza“. La persona bien adaptada puede haber perdido las características centrales de la experiencia el sello particular que hace de nuestra vida una vida propia, personal, real, valiosa y con significado

Muchos autores de muy diferentes tradiciones teóricas han estado interesados en el problema de la pseudonormalidad, como probablemente el problema mas común en nuestro tiempo, creando incluso nuevas descripciones diagnósticas como la „Normopatía“, propuesta por Mc Dougall, y la „Personalidad Normótica“ propuesta por Bollas.

Conceptualizando el problema especialmente aquellos influenciados por la teorías de las relaciones objetales y la psicología del yo, como perturbaciones en el desarrollo para la estructuración y ejercicio de una subjetividad personal autentica.

Lo que todas estas perspectivas tienen en comun con respecto a la „pseudonormalidad“ es un cambio desde la conceptualización de los seres humanos de Freud como „animales reguladores de pulsiones“, hacia una más contemporánea que ve a los seres humanos

como „animales generadores de significados“.

La psicopatología en la literatura contemporánea es frecuentemente definida no en términos de piezas conflictuales, o de fragmentos indeseables que se introducen en la experiencia, sino más bien como una ausencia o pérdida de riqueza a lo largo de la experiencia; lo que el paciente necesita es una revitalización y expansión de sus propias capacidades para generar experiencias que sean vividas como reales, significativas y valiosas.

Muchos pacientes ahora son entendidos no como sufriendo por pasiones infantiles conflictuales que puedan ser tamizadas y transformadas a través de la razón, sino como sufriendo de una atrofia en su desarrollo personal. Las deficiencias en el cuidado durante los primeros años son entendidas como factores que contribuyen e interfieren con la emergencia de un sentimiento integrado del sí mismo, cimentado en la propia subjetividad del paciente.

El método analítico de Freud se dirigía a la experiencia racional y al desarrollo de la capacidad de „amar y trabajar“. Los autores contemporáneos han escrito cada vez más acerca del desarrollo de la capacidad para crear y desarrollar una autentica expresión personal.

Los pacientes descritos como „neuróticos clásicos“ y a quienes se les consideraba „analizables“ porque eran capaces de escuchar las interpretaciones como „interpretaciones“ parecen ser cada vez más difíciles de encontrar, y el punto de vista actual con respecto a la interpretación es que ningún paciente escucha fundamentalmente las interpretaciones como tales; las interpretaciones son básicamente eventos relacionales y el significado de tales interpretaciones para el paciente está determinado por sus patrones característicos relación con los otros.

La propuesta consecuente es que lo que el paciente necesita no es tanto la clarificación o insight, sino la experiencia sustancial de ser visto como alguien distinto, personalmente entendido, y básicamente valorado. La interpretación „objetiva“ por parte del analista, el agente mas curativo en el modelo clásico, puede desde éste punto de vista convertirse en el instrumento para la repetición del trauma



original.

En la situación psicoanalítica y el paciente en análisis está hablando „con alguien“, y por lo tanto comunicación se configura de acuerdo con el entendimiento „de“ y en relación „con“, la persona que está hablando.

La transferencia ha sido entendida durante mucho tiempo no como una relación interpersonal entre analista y analizando sino más bien como una „distorsión“ del analizando de la „situación“ entre el analista y el analizando. Gill propone el termino de „distorsión de la situación“ más que „distorsión de la relación“ porque hablar de relación presupone a Dos personas involucradas una con la otra, mientras que el punto de vista largamente sostenido con respecto a la transferencia es que se trata de una distorsión del analista por parte del analizando.

Como fué posible que ese punto de vista se sostuviera por tan largo tiempo, Gill cree que por dos razones: una intelectual proveniente del modelo medico y que implica que el doctor actúa sobre el paciente y otra emocional que tiene que ver con que el intenso interjuego afectivo en la situación de una terapia psicológica ha sido negado por ambos participantes.

Propone que puede ser demostrado que la definición clásica de la transferencia es falsa por pura lógica.

Por un lado es el analista quien declara lo que „es transferencial“, sin embargo un punto central del psicoanálisis es que nosotros nunca podemos estar inequívocamente seguros de nuestras propias motivaciones. Su declaración por lo tanto proviene de una construcción en la que él ha participado. Ofrece como sustento dos argumentos, uno intelectual el hecho de que el analista participa en una situación analítica como un contribuidor; y uno emocional el hecho de que la experiencia ha mostrado que el analista o bien está involucrado o bien está defendiéndose en contra de estar involucrado lo cual a final de cuentas es también una forma de involucramiento.

Anteriormente podía asumirse que hablando el analista consigo mismo también estaba hablando con el paciente, porque analista y paciente compartían o necesitaban compartir

el mismo mundo, la misma realidad, el mismo sistema de significados y valores. Para Joseph y otros analistas modernos, se ha abierto un abismo entre el mundo y la realidad del analista y el mundo y la realidad del paciente. No podemos pues simplemente asumir que la racionalidad interpretativa del analista sirve como un puente efectivo sobre ese abismo. En nuestro mundo de múltiples sistemas de valores y significados, y de realidades heterogéneas, las interpretaciones del analista no pueden seguir clamando una exclusiva objetividad y racionalidad, y las esperanzas y terrores del paciente no pueden seguir asumiéndose como meramente subjetivas e ilusorias. El analista que demanda deferencia a su propia „racionalidad“ está como Joseph sugiere hablándose a sí mismo, para poder hablar con el paciente el analista tiene que encontrarse a sí mismo en el lado del abismo donde está el paciente y que divide sus mundos; el analista debe tender el puente conjuntamente con el paciente para contender con la transferencia y contratransferencia, encontrando una nueva forma para que ambos participantes se hablen uno al otro.

El psicoanálisis es pues un proceso que involucra fundamentalmente las esperanzas y terrores de sus dos participantes y que en nuestros días provee de la oportunidad para un descubrimiento una exploración más libre de nuestra propia subjetividad e imaginación.

El reto fundamental en cada análisis es encontrar una salida de ese callejón en el cual la potencialidad transformadora se ha traducido en lo familiar y estático.

En la mayor parte de la vida de Freud hubo „uno“ y „solo un“ psicoanálisis. Ahora hay muchas escuelas psicoanalíticas, cada una de las cuales proclama una exclusiva posesión de la verdad objetiva.

Los analistas que tienden a pensar en términos de la Teoría de las Relaciones objetales, proponen que el conflicto no reside en la consecución de gratificación sino que la motivación básica es el contacto.

Quienes se orientan dentro del marco del psicoanálisis interpersonal, proponen que la gente aprende patrones para integrar las relaciones con los otros, mismos que se repiten a lo largo de la vida.



Los analistas que se orientan hacia la psicología del yo asumen que las más fundamental motivación en la experiencia humana es el mantenimiento de una cohesión del yo.

Cada uno de estos acercamientos es interesante complejo y trabaja dentro de sus propios términos. Es precisamente esta rica heterogeneidad de nuestro mundo psicoanalítico lo que no permite seguir pensando que el psicoanálisis es un método para descubrir una única verdad.

El cambio en el punto de vista de que el analista conoce la „verdad“ al punto de vista de que el analista conoce una entre varias posibles verdades acerca de como ha sido creada la experiencia del paciente, ha creado una crisis de confianza en la teorización psicoanalítica y una crisis de autoridad en la auto-imágen del psicoanalista.

Sin embargo cabría preguntarse si la no certeza es realmente un problema o bien como plantea Mitchell una base para una clase diferente de conocimiento.

A ésta crisis ha tratado de responderse a través del empirismo, de la fenomenología y del modelo hermeneutico-constructivista.

Los autores que contienden con éste problema parecen estar de acuerdo en cuanto a que sea lo sea lo que el analista sepa esto, no es simplemente descubierto o revelado a través del método psicoanalítico sino organizado y construido conjuntamente por paciente y analista y la determinada comunidad analítica con su repertorio de conceptos teóricos.

La premisa fundamental de éste modelo es que la experiencia del paciente, es fundamentalmente ambigua. Lo que no quiere decir que la experiencia del paciente sea necesariamente opaca o misteriosa (aunque puede serlo). Quiere decir que la comprensión de la experiencia humana, incluyendo la propia, nunca es un proceso simple, sino que solo puede ser entendida como un proceso activo que organiza diferentes elementos, los enlaza, les da significado y los prioriza y es construida por la persona que está llevando a cabo la comprensión.

Desde ésta perspectiva nosotros conocemos

la realidad externa solo a través de nuestra experiencia, la cual inevitablemente se organiza en términos de nuestras ideas, suposiciones y deseos, por lo que es imposible llegar a una única comprensión correcta de cualquiera de las piezas que conforman la experiencia humana, porque ésta es fundamentalmente ambigua, esto quiere decir que el significado no es inherente o aparente sino que la experiencia en sí misma lleva a múltiples comprensiones y múltiples interpretaciones.

La comprensión por parte del analista tanto del analizando como de sí mismo está siempre enraizada en la compleja matriz interactiva que ambos constituyen.

Ésta perspectiva implica que el punto de vista teórico del analista tiene un enorme impacto sobre lo que puede ver en el material clínico, dado que la teoría en sí misma modela y organiza el material.

Con lo que el psicoanálisis moderno tiene que contener es con el espectro del relativismo, que es prevalente en nuestro tiempo.

Lo insostenible de la creencia en la correspondencia uno a uno entre nuestras teorías y la realidad no lleva a la irracionalidad sino a una clase diferente de razón la cual Bernstein ha llamado „racionalidad práctica“ no tiene que ver con ese relativismo que proclama que no hay posibilidad de comparación racional entre la pluralidad de las teorías, paradigmas y juegos de lenguaje. La racionalidad práctica como él la describe involucra una comparación racional de las teorías en términos de su utilidad, su consenso y su explicación. Es esencialmente un dialogo intersubjetivo que implica una noción de comunidad.

La actual reexaminación del conocimiento psicoanalítico y de la autoridad del psicoanalista no tiene que llevar necesariamente a la anarquía o al subjetivismo, sino más bien podemos ser testigos del desarrollo de una forma racional y ordenada de teorizar que tome en cuenta la participación del analista.

El conocimiento en nuestros días solo puede ser considerado pluralístico y no único, contextual y no absoluto, cambiante y dinámico, y no estático y eterno.